

fuegos con el objeto de que salieran de sus casas incontables familias que sufrían los horrores de la guerra, de la miseria y el hambre en Guadalaajara.

Castillo accedió y para arreglar las condiciones de la suspensión de fuegos, se dispuso que pasara á la plaza un comisionado que fué Guillermo Prieto, quien debía entenderse para el asunto con el general José V. de la Cadena.

Entró á la plaza Prieto por la noche, y se convino en que el día siguiente habría un armisticio de tres horas, contadas de las nueve á las doce del día, dentro de cuyo tiempo podrían salir de sus habitaciones las gentes que estuvieran entre las líneas de circunvalación y contravalación y fuera de ellas, sin permitirse, por ningún motivo, salieran las que se hallaban dentro del recinto fortificado de la plaza.

En la noche de ese mismo día, poco después de terminado el parlamento, á las diez de la noche, practicaron los sitiados una salida por el puente leva lizo que estaba en el fortín de las Nueve Esquinas, al Sur, en tres columnas: que se dirigieron por las tres calles paralelas del Arenal, Puente de las Damas y Puente del Manzano hacia Mexicalcingo con la mira de introducir á la plaza el ganado que tenía en el Abasto el ejército sitiador; pero el coronel Domingo Reyes, jefe de la línea, con soldados del batallón Cazadores de Jalisco, de la Sección Gómez y Lanceros Herrera rechazó las tres columnas que se metieron á la plaza perseguidas hasta sus atrinchamientos.

El día dos del mismo, á las nueve de la mañana como estaba acordado, se suspenden los fuegos para que puedan salir los habitantes de la ciudad que viven fuera del recinto fortificado de la plaza las familias se apresuran á salir llevando consigo apenas lo que podían llevar en las manos.

La ciudad presentó un espectáculo desgarrador: salían de sus hogares innumerables familias abandonando intereses, sin tener albergue que las recibiera ni saber á donde ir, mujeres y niños llorando, ancianas y enfermos sufriendo.

Durante las horas de armisticio se violó éste por los defensores de la plaza disparando sobre el comandante Don Vicente Gaona á quien le mataron el caballo que montaba.

Transcurrido el angustioso término de tres horas, cuando no

CAPITULO XXXV.

Octubre de 1860.

Continúa el sitio de Guadalaajara.—Armisticio y suspensión de fuegos para dar lugar á que salga la gente pacífica de fuera del recinto fortificado.—Al terminar el plazo de la suspensión de armas, la plaza dispara sobre los que abandonan sus hogares.—Junta de caridad en San Pedro.—Extracción de plata de los conventos y templos por el general Castilla.—González Ortega continúa enfermo y la reemplaza en el mando Zaragoza.—Operaciones sobre la plaza sitiada.—Después de se, á la Catedral, como en saqueo, de todo el resto de plata.—Márquez con una división en territorio de Jalisco.—Huerta con todas las caballerías hostiliza la marcha de Márquez.—Situación de la artillería sitiadora en las calles de Guadalaajara.—Torre de Malakoff—Asalto á la plaza.—Parlamento.—Armisticio.—Zaragoza sale á atacar á Márquez.

El día primero de octubre, al amanecer, tiroteo de cañón hasta las ocho de la mañana. Como ha circula^o la voz que González Ortega ha sido herido, se levanta de la cama y recorre las líneas con lo que desvanece la impresión que ha causado aquella especie.

González Ortega hizo llegar á manos del general Castillo una carta, en que le decía que personas respetables de la ciudad que se hallaban en la villa de San Pedro, y solicitaban una suspensión de

había salido aún toda la gente y una multitud llenaba las calles, á la primera campanada de las doce, la plaza hizo fuego con artillería sobre los rezagados que abandonaban sus casas y huían, matando é hiriendo por la espalda á algunas de esas personas.

Los emigrados de Guadalajara tomaron distintos rumbos, dirigiéndose á los pueblos de las cercanías de la ciudad, lléndose la mayor parte á la villa de San Pedro.

El comandante militar de San Pedro, coronel Francisco Gutiérrez García, comprendiendo que era preciso estimular la caridad para impedir el desarrollo de la miseria, nombró una junta de caridad compuesta del benemérito filántropo del Estado Lic. Dionisio Rodríguez, Jesús Beltrán y Puga y Lázaro J. Gallardo, para agenciar fondos y dictar todas las medidas conducentes á satisfacer las primeras necesidades de los insolventes. Esa junta de que fué el alma el señor Rodríguez, asociada con los señores Ramón Somellera, José Palomar, Juan Gutiérrez Mallén y otras personas, asiló á los necesitados dándoles alojamiento, abrigo y alimentos; instalándolos en la iglesia del Santuario, que estaba en construcción y en la plaza de toros, ministrándoles patatas para dormir, vestido á los que lo necesitaban y por alimento, en la mañana, atole, pan y azúcar; á medio día, sopa, carne, frijoles y seis tortillas á cada uno, y por la noche, verdura, frijoles y tres tortillas, repartiéndose esos alimentos por la misma junta y personas caracterizadas que vivían en San Pedro, dando además una pequeña cantidad de dinero á las personas que vivían fuera de los mencionados edificios. «A pesar de la rígida economía con que hacemos los gastos y la distribución de alimentos, decían los señores Rodríguez, Puga y Gallardo al gobierno del Estado, el fondo no puede ser suficiente para llenar su objeto á que está destinado. Ese fondo actualmente se halla reducido á cuatrocientos pesos, que bastaría sólo para diez días: diariamente se socorre á más de quinientas personas; el número de ellas aumenta cada día más y más de una manera notable y no es posible ver con claridad el término de tanta desgracia, pues concluido el sitio que sufre la plaza no cesan las causas de la miseria hasta que se restablezca el giro de los negocios. Se nos comprime el corazón sólo al temer que, por falta de recursos pecuniarios, llegue el penoso caso de abandonar á esas personas infelices, cuando han probado los dulces beneficios de la caridad y cuando ya no pueden si-

quiera esperar en ella, y hemos creído de nuestro deber ocurrir á V. E. invitándole para que se sirva auxiliar á esta junta con la cantidad que le dicte asignar su filantropía.....»

El gobierno del Estado no pudo ayudar á la junta y ésta continuó su misión con creciente empeño dedicada al alivio de la indigencia con el mejor éxito.

Con fecha dos de octubre, manifestó Castillo á los gobernadores de la Mitra, que el éxito favorable de la defensa de la plaza, dependía exclusivamente de la adquisición indispensable de toda clase de subsistencias y de numerario; que había llegado el momento de que era lícita toda providencia salvadora y por lo mismo se procedía á ocupar aquellos elementos de propiedad particular, y que habiendo manifestado los dignatarios á quienes hablaba, que no podían ministrar más metálico, no obstante, ser notorio que las iglesias de la ciudad poseían suficiente plata para salvar la situación; determinaba se ocupara toda la existencia de ese metal que en alhajas y paramentos existiese en los templos, y al efecto había comisionado al general Cadena y al teniente coronel José de la Mora, á fin de que ejecutaran dicha determinación interviniendo el Juzgado de Distrito.

Pasaron los comisionados dichos á cumplimentar la orden del general Castillo, presentándose en los conventos y templos que se enumeran á continuación expresándose los resultados obtenidos:

Convento de Jesús María. Según constancias autorizadas por la priora Sor María Ignacia de San Ladislao y sub-priora Sor María Eustaquia de la Purificación, se extrajeron un candil, ocho relicarios y una peana, con peso de ochenta y nueve marcos y dos onzas de plata.

Convento de Santa Teresa. Aparece en documento subscripto por la priora Sor Magdalena Josefa del Sagrado Corazón de Jesús y por la monja Sor María Eufrosina del Santísimo Sacramento, que se extrajo un tabernáculo, dos ciriales, dos incensarios, un candelabro, un vaso de lámpara, tres platos, uno de ellos con vaso pegado y otro plato con su vaso, pesando todo doscientos noventa marcos.

Convento de Santa María de Gracia. Exprésase en documento autorizado por la priora Sor María de Jesús de la Purísima Concepción, se sacó del monasterio entre candiles, peañas de Santo, un tin-

tero, un brasero, una salvilla y otros objetos pequeños, de diez á once arrobas de plata.

Convento de la Merced. Se embargaron tres candeleros, dos incensarios, dos macetitas, cuatro aureolas, cuatro alborotantes, dos medias lunas, un hizopo, una cruz, un horario, dos coronas, un platicillo, una paz, una custodia grande, catorce piezas sueltas, tres copones, un cáliz y seis patenas, cuyos objetos aparecían empuñados en el Monte de Piedad y pesaron setenta y siete marcos; esta plata se sacó del Monte de Piedad con responsiva, por el valor prestado, del Comendador de la Orden, Fray Isidoro Gascón.

Templo de la Soledad. Extrajéronse de esa iglesia la urna del Santo Entierro, de plata macisa, y otros objetos de menor importancia. No se pesó el metal y presenció el acto el presbítero José Ramírez.

Catedral, por segunda vez. Se tomaron todas las piezas de plata que se encontraron en el coro, en la sacristía y bajo la bóveda del Panteón, y como en la iglesia de la Soledad, sin pesar el metal; quedaron aún algunos de los adornos más visibles del templo.

De todo lo embargado el día tres de octubre, el general Castillo otorgó recibo provisional á los gobernadores de la Mitra, por la cantidad de cuatro mil cuatrocientos seis marcos de plata..... (1,013 kg. 921 g.) pesados por el administrador de la Casa de Moneda Francisco del Regil, siendo el valor, al precio de ocho pesos un real marco, á que se pagaba en las casas de moneda de la Nación, de treinta y cinco mil setecientos noventa y ocho pesos, seis reales.

El día tres, se emprende la construcción de fortines frente á los de la plaza por el Norte en medio de un fuerte tiroteo de cañón y fusil. Se ocupa el punto dominante, contra la plaza, del monasterio de San Diego.

González Ortega sigue enfermo, lo substituye Zaragoza, y por este motivo se nombra segundo en jefe á Ogazón, previo acuerdo de los demás jefes del ejército sitiador.

Los días siguientes continúan las obras de aproche entre tiroteos mas ó menos vivos día y noche.

El día siete la autoridad política de Zapopan anunció al general Ogazón que la víspera se habían presentado en dicha población unos ayudantes del general Valle, avisando que iban á cumplir una

comisión sin decir cual era; que penetraron al convento de ese lugar, sacaron de allí cuarenta y ocho frailes de la comunidad y se los llevaron presos para Guadalajara, y que se habían extraído dos campanas, una del convento y otra de la parroquia, y se pretendía disponer de las demás campanas.

Ogazón reprobó el procedimiento y mandó dar libres á los frailes inmediatamente y dispuso que por medio de la orden general del día ocho se hiciera saber á todos los jefes y oficiales que cualquier acto que efectuaran, de la naturaleza del de Zapopan, sin orden del Cuartel General de la División, se castigaría severamente y que en cuanto á la pretensión de disponer de las campanas, podía hacerse siempre que se presentara orden del general en jefe del ejército de operaciones.

El día doce, habiéndose trasladado á Guadalajara de Ciudad Guzmán la imprenta del *Boletín de la 1.ª División del Ejército Federal*, comenzó á publicarse ese periódico en la capital.

Siguieron con actividad los trabajos de zapa y de sitio, sin cesar de día ni de noche, aproximándose progresivamente la línea de contravalación. Esos trabajos consistían en practicar horadaciones algunas de las cuales con capacidad bastante para que pudiera transitar artillería por dentro de los edificios desde las orillas de la ciudad, para formar caminos cubiertos hacia el recinto fortificado; en abrir cortaduras en las calles con objeto de impedir las salidas de los sitiados, y en establecer parapetos y atrincheramientos frente á los de la plaza. Esos mismos trabajos se llevaron adelante á pesar de los rigores de la estación lluviosa, con la protección de líneas de tiradores que se posesionaban en las alturas cercanas, á favor de la noche, y bajo el incesante fuego dirigido á impedirlos y el de cañón para destruirlos.

Verificábanse día por día infinitas escaramuzas, frecuentes combates de que resultaban muchas desgracias entre unos y otros combatientes. Por la noche se vigilaban y se batían alumbrándose con cohetes de luz.

Crece gradualmente la desertión en la plaza, aunque sin llegar á ser demasiado numerosa, provocada por los sitiadores que facilitaban á los defensores la oportunidad de verificarla, y los desertores llevaban al campo enemigo interesantes noticias sobre el estado que guardaba la defensa y la ciudad.

El hambre comenzó á producir sus efectos en el interior de la

plaza; se acabó la carne y la manteca; el rancho á que estaba sujeta la tropa, se componía de arroz y garbanzo con una ración insignificante de pan y frijoles cocidos, sin tortillas, porque el maíz se dedicó exclusivamente á mantener caballos y mulas de tiro. Los vecinos estaban todavía en peor condición que la tropa, pues para ellos no había más que arroz y garbanzo.

Dentro y fuera del recinto de la plaza se desarrollaba sensiblemente la fiebre. El 16 había en el Hospital de Belén ciento noventa y seis enfermos y el 19 aumentaron hasta doscientos seis, todos del ejército de operaciones, fuera de los heridos que se curaban separadamente.

El diez y ocho de octubre, la situación desfavorable en que se hallaba la plaza desde el principio del asedio empeorando progresivamente, tomaba proporciones alarmantes: cercados completamente los seis mil soldados de la religión, número á que habían reducido su efectivo, la muerte, las heridas, la fiebre y la desertión, por tropas casi cuatro veces superiores en número y con recursos inmensos; acosados con el fuego y ataque incesantes del sitiador; en presencia del agotamiento de provisiones de boca que ya tocaba á su término, aquella situación no tenía otra perspectiva, y nada lejana para los sitiados, que perecer defendiendo la ciudad ó romper el sitio, pues nadie pensaba en la rendición.

En tales circunstancias decidió Castillo mandar acuñar la plata que quedaba aún en la Catedral, y al mismo tiempo que se dirigía á los gobernadores de la Mitra con la fecha antes citada, suplicando mandaran entregarla al general Fernández; ordenaba á sus subalternos la ocupación de dicho metal; y sin esperar la respuesta de aquellos dignatarios, penetraron al templo mencionado, en tropel, faginas de soldados arrancando con estrépito la plata de que se formaba el trono, descolgando candilas y lámparas y destrozando las piezas para echarlas en costales y sacarlas á la calle, operaciones que se ejecutaron con atropello del sacristán Julio Villaseñor, y con todos los caracteres del saqueo.

He aquí los objetos extraídos de la Catedral sin apunte alguno ni recibo, según documento autorizado con fecha 17 de noviembre siguiente, por el presidente del Cabildo Eclesiástico, Canónigo Dr. Juan N. Camacho:

Trece candiles grandes que estaban suspendidos en las bóvedas,

cuatro lámparas, el trono con tres frontales, gradas y templete, dieciocho candiles pequeños de los altares laterales, seis blandones grandes, dos pedestales de cristales, siete blandoncillos pontificales, otros doce blandoncillos más chicos, cuatro incensarios, una naveta, cuatro ciriales y sus dos cruces, seis arbortantes de la lámpara que estaba pendiente de la bóveda principal, cuatro atriles, dos palabrerros, una secretaría, seis cetros del pertiguero, el marco de la Virgen de Guadalupe y otros objetos, todo de plata quintada.

Toda esa cuantiosa cantidad de plata, así como entraba á la Casa de Moneda pasaba á la fundición, sin cuidarse de las incrustaciones de oro visibles en algunos objetos ni de que pudieran contener en sus soldaduras amalgamas de otros metales—no sin que en aquel desorden se extraviaran muchas piezas—y tan luego como salían monedas de la acuñación se trasladaban al Cuartel General, sin los requisitos establecidos por la ley para la salida del dinero de las casas de moneda de la nación. No se acuñó moneda fraccionaria.

Así transcurría el mes de octubre; ha pasado, con mucho, el tiempo en que se esperaba desde al principio del sitio el socorro que había de venir de México á los defensores de la plaza: la miseria y el tifo se recrudecían y los jefes de la plaza en presencia de los progresos de los preparativos de asalto, esperaban el ataque, multiplicando la vigilancia, decididos á resistir á todo trance mientras llegaba el auxilio, seguros de que éste obligaría á levantar el sitio al ejército Federal.

El general González Ortega continuaba enfermo.

El diez y siete hubo una junta de guerra en la Quinta de Velarde, junto á la garita de San Pedro, y se acordó, entre otras cosas, que el general Epitacio Huerta, con todas las caballerías del ejército de operaciones, saliera al encuentro de la división reaccionaria que venía de México en auxilio de la plaza y la hostilizara, y se eligió al general Zaragoza para que se pusiera interinamente al frente del mismo ejército de operaciones.

Zaragoza encomendó el mando del ejército del Norte al general Aramberri y nombró á Valle cuartel maestro, en substitución de Aramberri, y Ogazón mandó al coronel Isidoro Ortiz cubriera la vacante de la Mayoría General de la División de Jalisco.

Valle instaló el Cuartel Maestro en la Capilla de Jesús, y dió á reconocer como ayudantes suyos al coronel Refugio González, te-

niente coronel Lorenzo Vega, comandantes Ireneo Rico, Achille Collin y Vicente Gaona, capitanes Eduardo González y Crispin Medina, tenientes, Anastasio R. Landa, Miguel González y Joaquín Zubieta, todos de la División de Jalisco, y nombró jefe de policía del ejército al coronel Refugio González.

El mismo general Valle dió á reconocer como jefe de la línea de San Diego á Santo Domingo, al general Lamadrid, y del último punto hasta las posiciones de Oriente, del general Alatorre.

El día veintiuno en la tarde se reunen en el alojamiento de González Ortega los generales Zaragoza, Doblado, Ogazón, Huerta y Aramberri, los cuales desconocen á Degollado que está en Tepatitlán de Morelos, fundados en que las órdenes contradictorias que ha estado dictando hacen que se pierda la unidad que debe haber en el mando, y entorpecen y aún ponen en peligro el éxito de las operaciones militares, principalmente las del sitio de Guadalajara, y le previenen se retire para San Luis, en la inteligencia de que será responsable ante la Nación de los males que ocasione si no lo hace.

El veintidos, en la manzana inmediata á la izquierda de la plaza de toros vieja, se encuentran los trabajadores en la galería de una mina: allí se traba la lucha personal dando por resultado que los reaccionarios dejan una pala, una barreta, un fusil y cuatro velas.

Se agrava la enfermedad de González Ortega. Muere Chessman á consecuencia de una pulmonía que le atacó tres días antes, por haber salido violentamente de una mina que estaba construyendo. Lo reemplaza en el mando de la 3.^a brigada de Zacatecas el coronel Jesús Sánchez Román.

Fuego de cañón por toda la línea sitiadora débilmente contestada por la plaza.

He aquí el cuadro que manifiesta la colocación que tenían los cañones sitiadores el día veintidos de octubre:

Ejército de operaciones. Mayoría general. Artillería de línea.

Relación que manifiesta la colocación de las piezas de artillería de las divisiones, con expresión de sus cañones y comandantes de ellas.

DIVISION DE JALISCO.

CLASES.	NOMBRES.	NÚM.	PIEZAS.	CALIBRE.	PUNTOS DONDE SE HALLAN SITUADAS.
Subteniente	Francisco Riestra.	1	Cañón	De á	Calle de Loreto.
Teniente	Sixto Cortazar.	1	"	"	" de Jesús María.
Subteniente	Merced González.	1	"	"	" de Don Juan Manuel.
"	Emigdio Riestra.	3	Obús	"	De reserva en la línea.
"	Francisco Delgadillo	1	"	"	Calle de las Recogidas.
"	Antonio Farías.	1	C. Obús	"	" de Aranzazú.
"	E. Olasabalegui.	1	"	"	Plazuela de Escobedo.
"	Romualdo Núñez.	1	"	"	Calle cerrada de Jesús María.
"	Emigdio Gutiérrez.	1	Cañón	"	real de Mexicaltzingo.
Capitán.	Blas Canales.	1	Obús	"	1. ^a calle de Venegas: M. del Cobre.
Subteniente	Cecilio Navarro.	1	"	"	"
Sargento 2. ^o	Mateo González.	1	"	"	"
Subteniente	Pedro Madariaga.	1	"	"	2. ^a calle de Venegas: La Merced.
Sargento 1. ^o	Teodoro López.	1	"	"	"
2. ^o	Serapio Navarro.	1	"	"	"
Capitán.	Cayetano Suárez.	3	"	"	"
Subteniente	Manuel Torres.	2	"	"	"
"	"	1	"	"	En la Penitenciaría (altura)
"	"	1	"	"	Calle de la Parroquia.
"	"	1	"	"	" del Rastrillo de Llamas.
"	Juan Chávez.	2	"	"	" del Ser. Orden de San Francisco.
"	"	1	"	"	" del Puente de Medrano.
"	"	3	"	"	" De reserva: línea de Mexicaltzingo.

DIVISION DE MICHOACAN.

CLASES.	NOMBRES.	N. D. N.	PIEZAS.	CALIBRE.	PUNTOS DONDE SE HALLAN SITUADAS.
Subteniente	Felipe Villaseñor.	2	Obuses	De á 36 y 24	Costado derecho del Hospicio.
"	Francisco Córdoba.	1	"	De á 24	"
Sargento 2. ^o	Ramón Zavala.	1	Cañón	De á 8	"
Sargento 1. ^o	Luis Garay.	2	Piezas	O. 24 y C. 8	Frente del Hospicio.
Capitán.	Trinidad Zavala.	1	Cañón	De á 8	Costado izquierdo del Hospicio.
"	Juan Legorreta.	2	Piezas	O. 24 y C. 12	Costado derecho de San Juan de Dios.

DIVISION DE GUANAJUATO.

CLASES.	NOMBRES.	N. D. N.	PIEZAS.	CALIBRE.	PUNTOS DONDE SE HALLAN SITUADAS.
Capitán	Octavio Rosado.	1	Cañón	De á 8	Calle del Aguila.
Teniente	José María Novoa.	2	Piezas	O. 24 y C. 6	Calle real de San Juan de Dios.
Subteniente	Mac Dounell.	2	Piezas	C. 8 y 6	Calle de la Pólvora.
"	Sebastián Sierra.	1	Cañón	De á 8	Calle del Toro.
"	Nicolás Castañón.	2	Piezas	C. 8 y O. 12	Calle del Cauchile.
Cabo	Simón Lomas.	1	Ob. M.	De á 12	Calle del Puente Nuevo.
Sargento 2. ^o	Benito Torrecano.	2	"	De á 12	En el Paseo.
"	Leocadio Duarte.	1	"	De á 12	En el fortín del Diablo.
"		2	Piezas	O. 24 y C. 6	De reserva en la línea.

DIVISION DE SAN LUIS.

CLASES	NOMBRES	N. D. N.	PIEZAS	CALIBRE.	PUNTOS DONDE SE HALLAN SITUADAS.
Subteniente	Leopoldo Maizón.	1	Cañón	De á 12	Calle que pasa por el frente de Catedral.
Subteniente	Zenón Carreón.	1	"	"	Que da al costado izquierdo de la Merced.
Subteniente	Mateo Granados	1	"	"	Que da á la espalda de Palacio.
Sargento 2. ^o	Loreto Serrano.	1	"	"	Que da al costado izquierdo de S. Agustín
Subteniente	Carlos Tombert	1	"	"	Que da á la Alameda.
Subteniente	Martiniano León.	2	Piezas	O. 24 y C. 8	Con el Batallón rifleros de San Luis.
Subteniente	Mariano Núñez.	2	Obuses	De á 36	Plazuela del Santuario.
Sargento 2. ^o	Francisco Terrazas.	1	"	"	Que da al frente de Palacio.
Sargento 2. ^o	Ramón Cadena.	1	"	"	Que da á la espalda de Sta. M. ^a de Gracia.
Subteniente	Miguel Flores.	2	"	"	Con el batallón Rifleros de San Luis.
Sargento 1. ^o	José María Zárate.	2	"	"	Con el " Zapadores Nacional "

DIVISION DE ZACATECAS.

CLASES.	NOMBRES.	N.º	PIEZAS.	CALIBRE.	PUNTOS DONDE SE HALLAN SITUADAS.
Comandante	Ricardo Marrique.	2	Obuses	De á	Plazuela del Santuario.
Capitán	Pedro Barrón.	1	Cañón	"	En la Alameda.
"	José M. ^a Morales.	1	"	"	Costado derecho de San Diego.
"	Julián Montes.	2	Obuses	"	Convento de San Diego.
Teniente	"	1	"	"	En el mesón de la Palma.
Capitán	Mannel Ontiveros.	1	Cañón	"	Costado izquierdo de San Diego.
Teniente	Julián Montes.	1	Obús	"	Calle de la Pila de San Jorge.
"	Francisco Moreno.	1	"	"	Calle de la Pila de San Jorge.
Subteniente	"	1	Cañón	"	Calle de la Pila de San Jorge.
"	Ignacio Lodoza.	1	Obús	"	Calle de del Rastrillo de Cuevas.
Capitán	Miguel Galdeomo.	1	Cañón	"	Calle de Santa Mónica.
"	Isidoro Santelises.	2	Piezas	O. 12 y O. 24	Manzana del Cobre.

Guadalajara, octubre 22 de 1860.—(Firmado.) *Luis Delgado.*

Para verificar el asalto de la plaza se emprendió la operación de demoler la mitad de la manzana contigua á la espalda de Santo Domingo, y terraplenar la otra mitad formando una gran explanada para situar en alto artillería, abrir brecha por la espalda del convento, y dominar los parapetos de las calles laterales de ese edificio. Se reforzaron el día veinticinco los zapadores con ciento cincuenta paisanos para terminar esa obra que se llamó *Torre de Malakoff*. Poco después se instalaba la artillería en la altura, y llegaron de la Ferrería de Tula dos morteros que se construyeron bajo la dirección del coronel de ingenieros Fernando Poucel y coronel Rafael Valle.

El diseño de esos morteros lo torneó el Maestro de la Maestranza de Ciudad Guzmán, capitán Jesús Gallo, los moldó Carlos Blake y se encargó de la fundición Julio Rose, poniendo el mayor empeño en la construcción el administrador de la Ferrería de Tula Miguel Brizuela. Los dos morteros eran de fierro, de iguales dimensiones, calibre de á treinta, con montajes de fierro y dotados con doscientas granadas bombas cada uno.

Para instalarlos se construyeron esplanadas apropósito bajo la dirección del capitán Gallo, á cien pasos al norte frente al pórtico del Camposanto de los Angeles.

La pólvora especial para esas bocas de fuego la fabricó Casiano Delgado.

Mientras terminaban los preparativos del asalto y continuaban sitiados y sitiadores cazándose día y noche, calle de por medio desde las trincheras y aspilleras, y arruinaban la ciudad los innumerables proyectiles de cañón destruyendo y maltratando los edificios.

Entretanto Miramón había destacado de la capital, en socorro de Guadalajara, tres mil infantes y mil trescientos caballos, con doce piezas de batalla y seis de montaña á las órdenes del general Leonardo Márquez.

El día veinticinco de octubre penetró Márquez al Estado de Jalisco y pernoctó en Lagos de Moreno. A la vez que Márquez avanzaba la división constitucionalista de México venía replegándose á hacerse fuerte en el Puente de Tololotlán para cerrar el paso á la fuerza de Márquez.

El general Huerta con tres mil caballos del ejército de operaciones, que iba al encuentro de Márquez, se quedó en Tepatitlán.

El veintiseis llegó Márquez á San Juan de los Lagos: Huerta á la Venta de Pegueros. El veintisiete Márquez en Jalos: Huerta en la Joya. Advertido Huerta de la proximidad de Márquez, formó con la división de caballería cuatro columnas; la una á las órdenes del coronel Antonio Rojas para que hostilizara el frente del enemigo; otra al mando de los jefes, de Lanceros de Jalisco, Pedro A. Galván y Florentino Cuervo, de Lanceros Herrera, para que amagaran por retaguardia, y las otras dos columnas compuestas de fuerzas de Michoacán para que hostilizaran ambos flancos.

Concluidos los preparativos de asalto, se decidió verificarlo en la mañana del día veintinueve bajo el plan formado por el general Valle á quien se encomendó el desarrollo de las maniobras.

El veintisiete se dispuso que ochenta y cuatro piezas de artillería que estaban situadas en toda la extensión de la línea de contravalación, hicieran simultáneamente diez disparos cada una sobre los puntos donde se causara mayor daño á los defensores de la plaza, sin más intervalo de tiro á tiro, que el indispensable para refrescar las piezas.

Poco después de las cuatro de la tarde comenzó el cañoneo: veintidos piezas de artillería hacía fuego contra el convento de San Francisco, ocho sobre el de Santo Domingo, ocho contra el del Carmen, y las demás contra otros puntos, arrojando una horrorosa tempestad de balas y granadas, produciendo el pánico y la muerte en el interior de la plaza y la ruina de los edificios.

El 28, fuera del ordinario tiroteo de trinchera á trinchera, siempre que había un blanco sobre que disparar, no hubo nada de notable. Muere de tifo el coronel de ingenieros Miguel Poucel y cae enfermo del mismo mal el jefe del cuerpo médico Vander Linden.

El 29, desde temprano, las columnas de asalto esperaban la orden de lanzarse á la lucha. Soldados de Zacatecas, San Luis y Aguascalientes, á las órdenes de los generales Lamadrid y Alatorre, debían dar el asalto por Santo Domingo, protegidos por la artillería que desde la *Torre de Malakoff* abriría brecha y abrumaría á los defensores de los fortines inmediatos al convento; y los soldados de Jalisco, á las órdenes de los coroneles Toro, Ortiz, Zepeda, teniente coronel Montenegro, asaltaría el convento del Carmen, sostenidos por tres piezas que se instalaron en lo alto de los torreones y del

pórtico de la Penitenciaría, y otras de batir al pié, en la plaza de Escobedo, que abrirían brecha desde las tapias ya tiradas de la huerta del convento, y apagarían los fuegos de las alturas de la iglesia, de concierto con las líneas de tiradores que había en los alrededores del edificio, de la misma manera que por el punto de Santo Domingo.

Veamos como se verificó el asalto, según el testigo presencial coronel Basilio Pérez Gallardo:

«Al amanecer se percibe uno de esos ruidos confusos, precursores de las grandes tempestades. A las ocho de la mañana estalla potente y amenazadora: ciento veinticinco piezas de artillería rompen sus fuegos simultáneamente sobre las trincheras, los parapetos y los edificios. La línea de los sitiados es una especie de castillo feudal: no hay puerta ni ventana que no esté perfectamente atrincherada; no hay pared que no tenga dos ó tres líneas de troneras casi imperceptibles; unas abiertas al ras de la tierra, otras en el medio y otras en los extremos. Parece que la plaza no tiene otros defensores que los artilleros que sirven las piezas en las calles. Tiene algo de misterioso y siniestro la plaza de Guadalajara. Apenas se ve aparecer, de tarde en tarde, el cañón de un fusil por aquel inmenso arnero. Los soldados de la religión se ocultan silenciosos en el interior de los edificios..... Son las nueve y media. La artillería no ha descansado un sólo instante. Ha llegado la hora del asalto.»

«Los sitiadores dan un ataque falso en la línea de Oriente: son los soldados de Guanajuato, que con un arrojo admirable avanzan hasta colocarse debajo de los fuegos enemigos, llevando á la cabeza á su conocido jefe, el general Antillón. Penetran en la huerta de San Francisco, se posesionan de las troneras de los contrarios y por ellas hacen un fuego vivísimo, que atemoriza á los defensores de esa posición inexpugnable. Entretanto, veintidos piezas de batalla demuelen las alturas de ese convento, abandonado instantáneamente por las tropas que lo guarnecen. El jefe de esta línea tenía orden de entretener nada más al enemigo. Cumplió con su deber. La derecha de la misma línea emprende una diversión sobre las posiciones de Santa María de Gracia. Las fuerzas de Michoacán se encargan de esta maniobra. Retroceden. En la línea del Norte están las fuerzas de Zacatecas, S. Luis y Aguascalientes, reforzadas

por el Batallón «Cazadores de la Reforma» de Michoacán; intentan un ataque verdadero en toda la extensión de su frente, siendo falso el de San Felipe. Toda la atención se fija en Santo Domingo, una de las mejores posiciones de los sitiados.»

«Rifleros, Cazadores y Zapadores, dirigidos por el general Lamadrid, comienzan el ataque. Penetran por la derecha hasta la línea enemiga, situada á la espalda del convento; pero allí se encuentran con las casas terraplenadas, que forman un doble muro, sufriendo á pie firme los fuegos del enemigo; entretanto la batería situada por el intrépido coronel Guiccione abre brecha. El general Valle dá orden al capitán de Zapadores D. Adolfo Garza para que se poseione de una altura inmediata, y este valiente joven obedece la orden sin vacilar: él y los suyos trepan por escaleras de mano al parapeto enemigo, y allí se traba una lucha formidable.... La columna que manda el Señor Lamadrid avanza por entre los fuegos cruzados del enemigo, hasta posesionarse de la mayor parte del convento. Los Batallones 1er. Ligero, al mando de Don Miguel Palacios, y el 2.º de Zacatecas al mando del capitán Don Marcelino Esparza, y parte del Cuerpo de Sánchez Román, dirigido por los capitanes Don Homobono Ggzmán y Don Joaquín Loaiza; y una compañía de Aguascalientes, atacan las manzanas que tienen á su frente; se poseionan de algunas casas, avanzan por las horadaciones y por las calles; pero al llegar á la mitad de la manzana, se encuentran las casas terraplenadas y convertidas en fuertes parapetos. Trepan á ellos con decisión; pelean cuerpo á cuerpo á la bayoneta, y logran arrojar al enemigo de dos de sus parapetos, en uno de los cuales abandona una pieza de montaña de á doce, que tenía en esa altura, y algunos muertos, heridos y prisioneros. Allí la lucha es horrible.... Allí está Zaragoza.»

«En la línea del Poniente, las fuerzas de Jalisco intentan un ataque falso sobre la manzana que tiene enfrente de la Casa del Cobre, y uno verdadero sobre el Carmen. Los cuerpos que dan el ataque verdadero, son: 1.º y 3.º de Línea, *Mina, Morelos* y *Defensores de Jalisco*. Los intrépidos soldados de estos cuerpos, conducidos por sus jefes, se lanzan á las tapias del convento del Carmen, penetran á la huerta, sostienen allí un combate reñido con los hombres que la defienden, que se concentran al interior del convento: los nuestros pretenden abrirse paso; pero se encuentran con las habi-

taciones terraplenadas, y sin artillería para abrir brecha. Sufren, pues, impunemente el fuego de las alturas. Entretanto la artillería ha volado la cúpula de la iglesia..... Es herido el coronel Toro.»

«Son las doce. Hay una especie de tregua desde esta hora hasta las tres de la tarde. Durante estas tres horas, la artillería abre brecha en los puntos atacados, y desaloja de las alturas á los de otros muchos. Se nos pasan ciento setenta hombres por la línea de Santo Domingo. A las tres continúa el ataque, principalmente sobre Santo Domingo, corriendo á él las fuerzas del general Lamadrid y las que manda el general Francisco Alatorre. Se traba el combate. Los soldados enemigos suspenden un momento sus fuegos, los nuestros suponen que intentan pasarse, y les abren los brazos llamándoles *hermanos*. El general Valle titubea, y advierte á los zacatecanos estén alerta. Los enemigos avanzan con el arma empuñada; casi se estrechan con los nuestros; pero al llegar les disparan sus armas á quema ropa. El General Valle que no pierde ninguno de sus movimientos, apenas tiene tiempo de arrojar al foso y así se salva.»

«En este momento aparece por el otro extremo el general Castillo conduciendo sus mejores fuerzas. La lucha vuelve, pues, á comenzar más reñida, más sangrienta. Nuestros soldados avanzan con decisión: los de la primera fila reciben una descarga cerrada, vacilan y retroceden; pero los de la segunda avanzan, atacan á bayoneta y rechazan á Castillo, que con sus fuerzas va á sostenerse tras de los escombros. Allí se cruzan los fuegos sobre la columna que manda el general Lamadrid; pero á pesar de esto, avanza hasta posesionarse de la mayor parte del convento. Esto produce un entusiasmo general, se vitorea á la libertad y continúa la lucha haciendo esfuerzos supremos por apoderarse del resto de Santo Domingo, que aún queda á los sitiados: doscientos hombres del 1er. Ligero de Zacatecas al mando de su comandante Don Miguel Palacios, cien del 2.º con su capitán Don Marcelino Esparza, ciento veinte de Sánchez Román, mandados por los capitanes Don Homobono Guzmán y Don Joaquín Loaiza, refuerzan la columna de Lamadrid. Ya en combinación, pelean dentro del convento, dejando al enemigo reducido únicamente al cañón de la iglesia.»

«El resto de la fuerza de Zacatecas y Aguascalientes, emprenden el asalto de los fortines de la derecha de esta posición; los ocu-

pan á la bayoneta, á la vez que las tropas de San Luis, con su jefe Don Miguel Veraza, ocupan también otro fortín lateral, quedando forzada y destruída completamente la línea de defensa del enemigo Zaragoza, Valle, Alatorre, Guiccione, Veraza, Lamadrid y muchos otros valientes se encuentran aquí en el punto de mayor peligro. Nos han matado á Pedro Echeverría: Talancón, Salazar, Gaitán, Martínez, Anguiano, Ortega, Campa y otros muchos jóvenes caballerosos y entusiastas que se hallan heridos: nos han privado también de nuestros mejores soldados; pero nadie titubea, nadie teme que el éxito nos sea desfavorable.» Hasta aquí el Sr. Pérez Gallardo.

En la línea del Poniente las tropas de la división de Jalisco continúan haciendo supremos impulsos por apoderarse de la inexpugnable posición del Carmen. Las infanterías por la derecha y por la izquierda en el laberinto de construcciones del interior de la huerta, anexas al convento, siguen atacando al enemigo que se defiende desde la altura, trincheras y parapetos de los pisos alto y bajo del edificio: la artillería, entretanto, desde lo alto del pórtico y de los torreones de la Penitenciaría, (1) á doscientos metros, y á cien desde la brecha abierta en la tapia de la huerta no ha cesado de disparar sobre las obras de defensa del convento y de la iglesia; y después de derribar la cúpula monumental del templo, dirige sus punterías á destruir el atrincheramiento de sacos de tierra que corona el edificio, y logra apagar los fuegos de la altura, obligando á sus defensores á refugiarse en la torre. Entonces el teniente coronel Ignacio Zepeda, con su Batallón Defensores de Jalisco, y el teniente coronel José María Montenegro con su Batallón Mina, emprenden la arriesgada y difícil operación de asaltar la altura: en las azoteas de las casas contiguas, por el Sur, se ponen escaleras de mano: trepan resueltamente los de Mina y de Defensores rivalizando su arrojo, y cuando sin ser sentidos, llegan á la cima algunos de aquellos valientes y siguen ascendiendo los demás, el toque de diana dado prematuramente por un corneta indiscreto advierte el peligro á los defensores del punto, que se hallan encastillados en la torre, y salir, arrojarse sobre los temerarios asaltantes y trabarse una terrible lucha á la bayoneta fué obra de momen-

(1) El pórtico de la Penitenciaría no era el que existe en la actualidad.

tos. . . . Al fin la superioridad numérica vence á los intrépidos soldados de Defensores y de Mina que sucumben gloriosamente, cuando la sangre de unos y otros combatientes corre por las canales al pavimento de la calle.

«El 2.º de línea, continúa el coronel Pérez Gallardo, ocupa la manzana de la izquierda; pero los contrarios, reforzados con tropas de refresco, nos quitan esa posición, haciéndonos veintitantos prisioneros. El fuego de artillería no ha cesado ni un instante en toda la línea, y los proyectiles han convertido en ruinas centenares de edificios.»

«La oración. El fuego de fusilería se apaga en todas partes, menos en Santo Domingo. Aquí prosigue la lucha; se hacen prodigios de valor; asaltados y asaltantes pelean como fieras, cuerpo á cuerpo, al arma blanca, forcejeando en las alturas, mordiéndose, sofocándose, rodando abrazados por los escombros. Están en nuestro poder las manzanas inmediatas, los parapetos que ligaban esta posición, y tres cuartas partes del convento de Santo Domingo. Todo ha caído en poder de los cuerpos de Zacatecas, Aguascalientes y San Luis.

«Son las diez. La luz de la luna alumbra las ruinas y escombros de las casas que existían en este lugar. Pero ya no se avanza. El enemigo está reducido á la iglesia: un paso más y la iglesia y la plaza serán nuestras. Empero, no es posible dar este paso que nos conduciría al triunfo. ¿Por qué? Porque se nos ha agotado el parque: porque apenas nos quedan veinte mil tiros de fusil, es decir, dos paradas por plaza, en algunas cartucheras, y en la mayor parte de ellas nada. Es que hemos gastado durante el asedio, cuatro mil proyectiles de artillería y trescientos mil tiros de rifle y de fusil, y en el ataque tres mil quinientos de los primeros y cuatro mil de los segundos. La ansiedad es profunda. El despecho, la rabia que produce la impotencia, arranca lágrimas de dolor á los hombres que, impasibles, acaban de desafiar á la muerte.

«Las once. En este momento de angustia suprema, recibe una carta el general Manuel Doblado: es de uno de los jefes de la plaza, que autorizado por Castillo, manifiesta hallarse dispuesto á entablar una conferencia sobre avenimiento. El general Uraga, que se halla aún prisionero, suplica se tenga alguna consideración con los defensores de la plaza. Doblado pide á Zaragoza su asentimiento para re-

cibir á los comisionados; éste lo dá, y á las dos de la mañana salen por San Francisco los generales Cadena y Fernández, quienes van á la Huerta de Valle á conferenciar con Doblado.

En la mañana del día treinta había concluido el trabajo de instalar los morteros en el camposanto de los Angeles y poco después de las nueve de la mañana el general Leandro del Valle que está presente da orden de que se dispare el primer tiro dirigido á doscientos metros sobre la altura de las torres de catedral; lanzado el monstruoso proyectil hace explosión donde se calculó; iba á verificarse el segundo disparo sobre el convento de San Francisco donde estaban los depósitos de parque del enemigo, cuando la plaza tocó parlamento y se suspendieron los fuegos en toda la línea.

El general Castillo nombra á los generales José V. de la Cadena y José Fernández y el general Zaragoza á los generales Manuel Doblado y Leandro del Valle. Antes de que se reúnan, hay una junta á que concurren los generales Zaragoza, Doblado, Valle, Ogazón, Régules y Aramberri, se ponen á discusión los puntos para tratar del armisticio conforme se iniciaron la noche anterior en la huerta de Valle y fueron aprobados no obstante que Ogazón se opone y protesta porque cree aquellas negociaciones un ardid del enemigo para prolongar su desesperada situación y sacar ventajas que no obtendría de otro modo.

Por fin se reúnen en el alojamiento de Doblado las comisiones, ábrese la discusión, pero se tocan puntos de política sobre los cuales no cabe avenimiento. Doblado manifiesta que la junta debe limitarse á los puntos de hecho; es decir, á la suspensión de hostilidades y al modo de unirse ó de batirse de nuevo, si no se consigue el avenimiento. Aceptada la manifestación aprueban las siguientes bases, las cuales son ratificadas á las seis y media de la tarde.

1.^a Se suspenderán los fuegos en toda la línea, á una hora convenida.

2.^a A los dos días siguientes contados desde el momento en que quede ratificado este convenio, se retirarán los dos ejércitos beligerantes, en rumbos opuestos; el sitiador al Oriente y el sitiado al Poniente, fuera de un radio de doce leguas de esta ciudad, la cual se declarará neutral.

3.^a Esta ciudad será el punto de reunión de una junta com-

puesta de dos comisionados nombrados por cada uno de los generales en jefe de los ejércitos contendientes.

4.^a Los comisionados quedarán plenamente autorizados por sus respectivos comitentes, para celebrar un arreglo que dé por resultado la unión de ambas fuerzas, para que juntas marchen á la capital de la República. El término para el desempeño de su encargo, serán quince días.

5.^a Si por desgracia no se lograra el arreglo referido, se romperán de nuevo las hostilidades, sin quedar en compromiso alguno ulterior los señores generales que suscriben estas bases.

6.^a Los heridos y enfermos de ambos ejércitos, serán atendidos y considerados sin que en tiempo alguno puedan tenerse como prisioneros de guerra.

7.^a Se pondrán en completa libertad por ambas partes, los prisioneros que tengan en su poder.

8.^a El gobierno constitucionalista reconoce y pagará, cuando las circunstancias lo permitan, las cantidades que el ejército sitiado adeuda por víveres y vituallas durante el sitio, mediante la respectiva comprobación.

9.^a Durante los quince días del armisticio, la comisaría del ejército constitucional, ministrará al ejército del señor general Castillo, sus haberes, en los mismos términos que lo percibe aquel.

10.^a Los comisionados que subscriben, de acuerdo, nombrarán una persona que el título de prefecto, ejerza la primera autoridad política en la población, durante el término de que habla el artículo 4.^o

Guadalajara, octubre 30 de 1860.—*José V. de la Cadena.*—*Manuel Doblado.*—*José Fernández.*—*Leandro del Valle.*—Ratifico estos convenios.—*Severo Castillo.*—Ratifico estos convenios.—*Ignacio Zaragoza.*

Es copia que certifico.—*Manuel Z. Gómez.*

Todo está terminado en Guadalajara

Entretanto Márquez avanzaba de Tepatitlán de Morelos á pernoctar en Zapotlanejo, hostilizado como se ha dicho por las caballerías del ejército de operaciones.

Ogazón y todos los jefes de la división de Jalisco reprobaron los convenios enérgicamente, sin traspasar, por supuesto, los límites de la subordinación militar.

Zaragoza, al comunicar á Ogazón oficialmente los convenios con fecha treinta y uno, le dijo: «Yo ruego á V. E. se sirva suspender cualquiera impresión desfavorable que pueda causarle la celebración de los expresados convenios, mientras que pasan algunos días y se manifiestan sus efectos»

Era que se trataba de exterminar con seguridad y ante todo á Márquez que estaba ya en Zapotlanejo.

El mismo día treinta y uno salió la división de Michoacán al mando de Régules, á cubrir el paso del río grande por Poncitlán, y poco después al mando de Ogazón marchó la división de Jalisco al puente de Tololotlán donde había tomado posiciones la división de México, cerrando el paso á las tropas que traía Márquez.

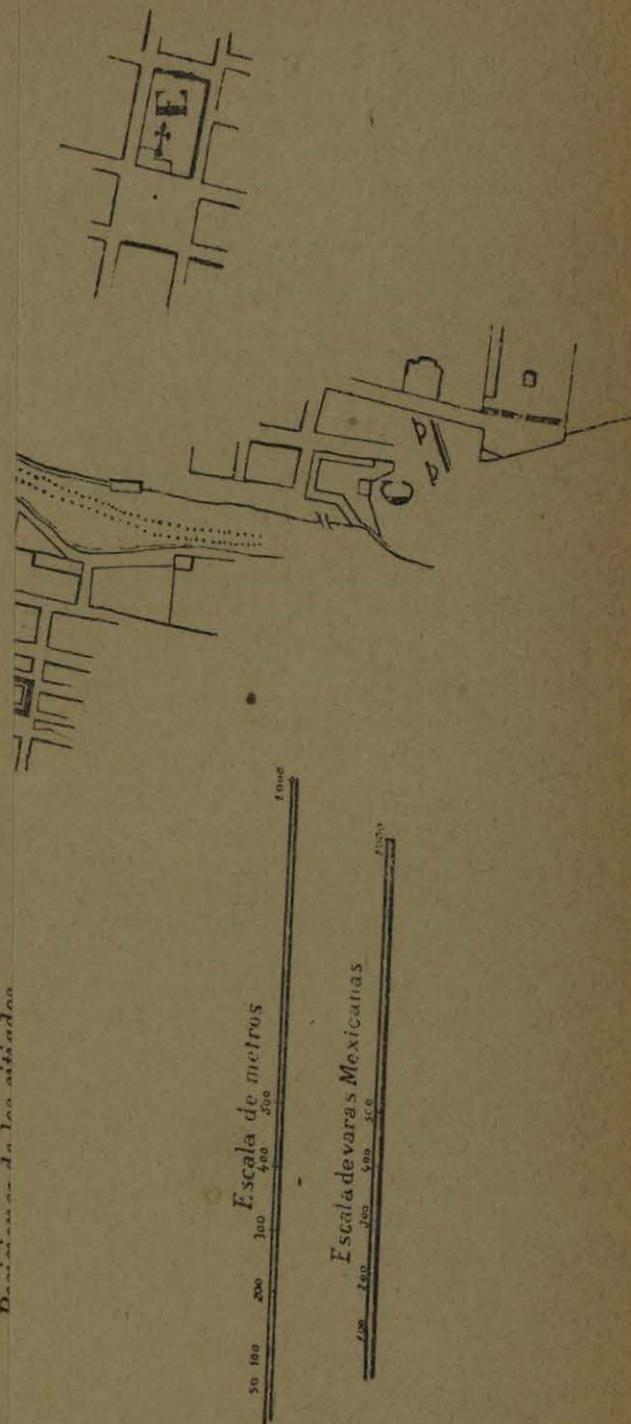
Zaragoza salió de Guadalajara á ponerse al frente de las fuerzas de Ogazón y Berriozábal al puente de Tololotlán, quedando en la ciudad frente á la plaza las divisiones de Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes y San Luis.

Plano del recinto fortificado de la ciudad de Guadalajara,

en los meses de septiembre y octubre de 1860.

Representa poco más de una octava parte del conjunto de manzanas de la población.

Divisiones de las ciudades



Sale de Guadalajara
ejército federal recurso
subalternos de Castilla
entre Zaragoza y Castil
las tropas.—Zaragoza o
dalajara.—Retirada de
co en el obispado.—F
parte del ejército de op
Lijera.—Determinacion
dalajara.—Reminiscenc
manda forzar la Legac

El día primero
González Ortega o
bastante enfermo a

El general Ca
y ocho mil pesos,
se acabó su tropa e
ra mover sus trenes